

El verbo

Ximena Alejandra Rosero Andrade¹

Resumen

El verbo es la materialización del narrador celestial en el mundo, pinta personajes de espaldas para que el espectador los imagine. Traza líneas visibles e invisibles de lo que es tierra y agua en el eterno mutar de la vida y descubre sentencias de viejos sabios, sentidos maestros que más que escuela tienen *cultura en la sangre*. Refugia mundos y submundos entre los que existen grandes personajes que enseñan a traspasar los frágiles umbrales de la existencia; esta es una lectura táctil a los pergaminos del cosmos, un pasear por los labios que rememora a las manos que tejen la vida.

¹ Lic. en filosofía y letras de la Universidad de Nariño. Investigadora del Instituto Andino de Artes Populares (IADAP).

Entre los hermanos el primogénito es el texto vivo que distrae a la muerte.

Don JOSÉ MARÍA

92 abril

Axis Mundi.

Tallo leñoso, buen árbol.

Es tu tierra polvo en potencia que se elevará.

En tí se posan los cantos que hicieron nacer a la luna.
Es tu carne la que se disuelve para habitar en protección.

Permaneces solo en el espacio, pero desde lo alto haces conciencia de bosque.
Sostienes el fruto sabio que muchos llaman pecado, pero permites ver lo que dios está
viendo.

Tus ramas lloran palabras, la luz de tus anillos permanece, llenas de gracia el espacio,
atraes al arco iris.

Respondiendo a una estación, una a una caen tus hojas, para que tus raíces siempre tomen
más tierra y el pensamiento no cese.

A tu sombra se arriman los infantes para hacer ramas de columpios y entre los vuelos
aprehender de los cuentos y la magia de las alturas.

Son tus musgos el abrigo quieto de fantasmas que con las atareadas olas del cielo caen en
gotas para tu riego.

Todos tus dioses se tallan en tu corteza: Isaac Maju, Barín, Rabi, para terminar siendo el
unísono de tu ser.

Cosmos vivo, perpetuo.

De tu brazo el fuego calienta y alimenta.

Eje del universo.

Vida inagotable.

Hierofanía.

Columna.

Templo.

Centro.

“Vea cómo son las cosas”

Entre cada halo que recibe de la luna, el Axis Mundi gesta la posibilidad del cambio y el retorno: la edad es circunstancial, trasforma con la palabra al espíritu, hace esconder y aparecer a lo creciente, lo lleno y lo menguante para poner a bailar a la tierra al compás de la mezcla de los tiempos.

Sembrado en un pueblo levantado sobre los tres pilares de un templo, donde los días son los mismos, pero los aires no; José María, ángel místico que reposa en la

profundidad y se toma de las ramas para guardar las raíces, savias de la tierra profunda. Entre sus pies, se manifiesta el secreto del cual se gesta la esencia del tiempo, alimento fluido donde se cultivan las verdades eternas y se crean nuevos espacios para cada semilla.

Árbol Luna Creciente

Desafortunado para los extraños por carecer de una paterna mano que a la escuela lo lleve, la fortuna de la naturaleza lo abraza. Con la pedagogía del paisaje, aprende a escuchar los recados que las instantáneas nubes dejan en su paso, a prestar atención al beso del agua y del sol que hace parir al verde profundo sin orillas, a leer las siluetas de extinguidos cuerpos que sostienen las vacas en sus pardas letras, a apreciar detenidamente el lenguaje de las ramas que entre las manos de la brisa recrea señas, a observar el verter de la sangre en los vasos que alimentan a los ángeles.

De entre las hierbas del potrero del tío Nepomuceno, sale el pequeño inquieto a observar las largas filas de palas que se extienden paradas, una a una, entre la arada que aguarda por alguien que le eche una mano. Guambra pequeñón que aprende de los mayores a repartir abono, a dejar que entre su sombrero salten bulliciosas chamizas que cargan el *tiempo honrado* en el que cada uno es dueño de lo que trabaja, tiempo en el que la tierra mantiene tranquila lo que en ella duerme: dos o tres pacas de papa con una marca de hierba reposan en ella durante días, pues el cuerpo deja en el espacio, como constancia, la sombra latente del sudor que brota.

Luna... ahora mismo aparecen los años hermosos en que se hacía bailar y se tocaba para *irse por donde se quería*. Después de una jornada de tibio sol, quince reales ganados por la deshidratación recomponen al cuerpo. El espacio polvoriento pinta botellas dobles y generosas que traen en su interior la voz del viento. La bebida llega de La Caldera para recibir posada donde las Martínez. En un vaivén de fluidos en el que se toma un sorbo de agua oficial y otro de chancuco, se toca cantaditos los versos de los ángeles. “*Así se baila, señor. Qué lindo que es cuando uno tiene toda la energía*”.

Entre sanjuanitos y tangos se marca el más hondo ritmo del corazón, la ilusión del rostro se hace palpable, uno a uno, a la guitarra; los dedos se acoplan legando para los otros penas y alegrías.

Luna... ahora sus dedos se han dormido, dejan centímetros solos, están pasmados y no acompañan. Después de 92 años, su cuerpo se niega a tocar lo que alguna vez ya revivió en música, pues los pliegues le advierten que hay fantasmas que es mejor dejar reposar y no atraerlos a los nuevos tiempos.

El señor dijo con su boca a los ángeles: “*el gallo siempre canta a la medianoche*”, ahora canta a cualquier hora. El hombre ya no desmonta el camino que lleva hasta “algún lugar”; falla el hombre, falla al tiempo y el tiempo lo ha abandonado.

José María lee kipus que en su cabello se tejen. Entre sus palmas ajadas, diversas lenguas hablan de multiformes seres animados de niebla, de animales fieles que se entregan en la comunión de la noche, de hombres primigenios de más de cinco codos de altura que habitaron la tierra y que aun cuelgan en la montaña; de dioses y demonios que se figuraron y poblaron en el mar de arriba, ese azul donde navegan los barcos movidos por las olas de las nubes, donde las estrellas guiñan y los seres vuelan por la mezcla de las aguas, cambiantes como las épocas.

Sus manos se hunden en la confluencia de palabras, reviven, palpan los nimbos que hacen brotar el agua en la que duermen los planetas que velan al mundo: sol y luna abrazan desde lo alto al tiempo y recuerdan la batalla que los mantiene atentos al momento en que uno y otro se despiden.

Árbol Luna Llena

Ahí está, al pie de la montaña; consciente de que el padre celestial no le hace favores a nadie, decide ser ese milagro para mover con fantasías al universo. En el espacio, donde la gravedad precisa a su cuerpo a permanecer, desde una pequeña ventana y sobre una larga banca azul, su única compañera, el mayor del mundo espera, con la quietud del frío, encontrarse en el lugar donde habitan las piedras de mármol y volver a ser agua.

La corteza de su rostro es tallada profundamente por el misterio del viento, iluminada por dulces brillos que han visto lo que tal vez ningún mortal ha podido. Surcos diseñados por el tiempo que hacen reverencia a la Gran Tora que de su frente se depende. Labios escondidos donde se humedece la palabra para salir flotando y aliviar la sed de los mortales.

Consciente de que comparte la tierra, recorre, reconoce y aprehende en cada criatura la magia del sentir propio de la naturaleza. Entre ritos y alabanzas deja ver a los cómplices que se desdoblán en energía para habitar los elementos.

Con la acción de la *Curadora del Aire* reanima los cuerpos; para sanar la hondura del dolor agita energías en la concentración de la fe y establece sentires que reprenden los excesos. Porque la enfermedad no comulga, es egoísta, lo quiere todo para ella, devora silenciosamente el interior y lo estalla en gritos.

Pero sabe que cuando la cabeza se *bate* no hay cura, hay que alistar botellas de agua para una muerte tranquila. Devenir del agua en sacramento que recibe al cuerpo con el bautizo y lo despide con los santos óleos.

Frente a sus ojos pasa la primera médica, recuerdo de quien, arrastrando negras nostalgias, en su seno curaba su ser. Entre sus pasos, al parecer, poco a poco, subiendo y bajando, lo lleva por el viejo camino. Entre los vientres de bejucos y cañotos ve

aventadores, tazas y canastas, ligeras siluetas de los temperantes que se pasean entre fiambres.

Los años se hacen, ilustran el perpetuo miedo de dejar los espacios conocidos.

1895. Cada paso dado vuelve y entre los dedos camina la vieja niebla. La voz del abuelo se anca en el caballo para llegar a la esencia del pueblo primigenio: Pachajoy. En el camino pasan los ilegítimos al caserío de *todas partes*: Pullitopamba. Se asoma a la ventana, cada nombre habita los umbrales de las casas perdidas.

Árbol Luna Nueva

En sus ramas lleva la misericordia, el tiempo le arranca seis frutos y los hace caer al universo.

Al arribo de un espíritu, la última voz de la noche llega por el aire. El páramo se oscurece. La neblina se asienta en la tierra. El menor decide acostarse en la albarda, el viento le destapa los pies cansados. La escritura de arriba, que solo está arriba, tiene una oración para palabrear. El tiempo ya no es tiempo y un aire se apodera del pecho que no da chance a una limpia.

A lo lejos se oye la música del Tambo, que trae extrañas voces en la caída del día. Afianzado como tabardillo, el sol le pinta el pecho a un niño, la mancha baja por la sangre hasta el corazón y lo detiene.

Por sus manos pasan 14 abriles, cada uno con cestos que llevan diez centavos dentro. Con los frescos años, sus alas llegan al Ingenio, dejando un camino de canastas para que arropen al café en su baño. De pie en pie llega a Sandoná la *Bella* para llenar de realitos el resto de las cestas.

En la sombra de un portón le saluda el acomodado don Polito Córdoba, ese comprador que urde el patio con aromáticas formas. Entre nombres pasa recordando a su fiel Evangelista, plantado ahí por sus “pepitas”, esperando que con el rebote de trotes asomen las bestias cargadas del guaicoso plátano para cambiarlo con paramunas habas.

Páramo, 1895, invocación inmediata que lo sienta en espumosas nubes, donde, acompañado del fuerte frío de oriente, recoge de cinco maticas el bulto de los dedos verdes.

La tierra no *sorprende* a las manos, que no necesitan trucos; en ellas habita la magia. Guachos medianos arrojan cargas exorbitantes de papa lavada. Rodeado de pastos, el buen cosechador rejunta todo, toma lo grueso y también lo delgado, ollucos

gallos de 20 centímetros, lágrimas de cebolla en pasto azul que solo flotan en el camino a La Corota.

El camino del ayer ha cambiado; ahora estamos aquí, andando por el áspero kilómetro 7; pesa estar viejo ahora que ya no se puede, 20 años sin dar un paso, la lana dulce de la hierba se apoderó de los montes. Los huesos cantan y ese canto lo *apiora*, lo hace tiritar, lo vuelve frío, dependiente de una mano para andar un poquito tranquilo. *¡Vea como es, todo ha cambiado!*

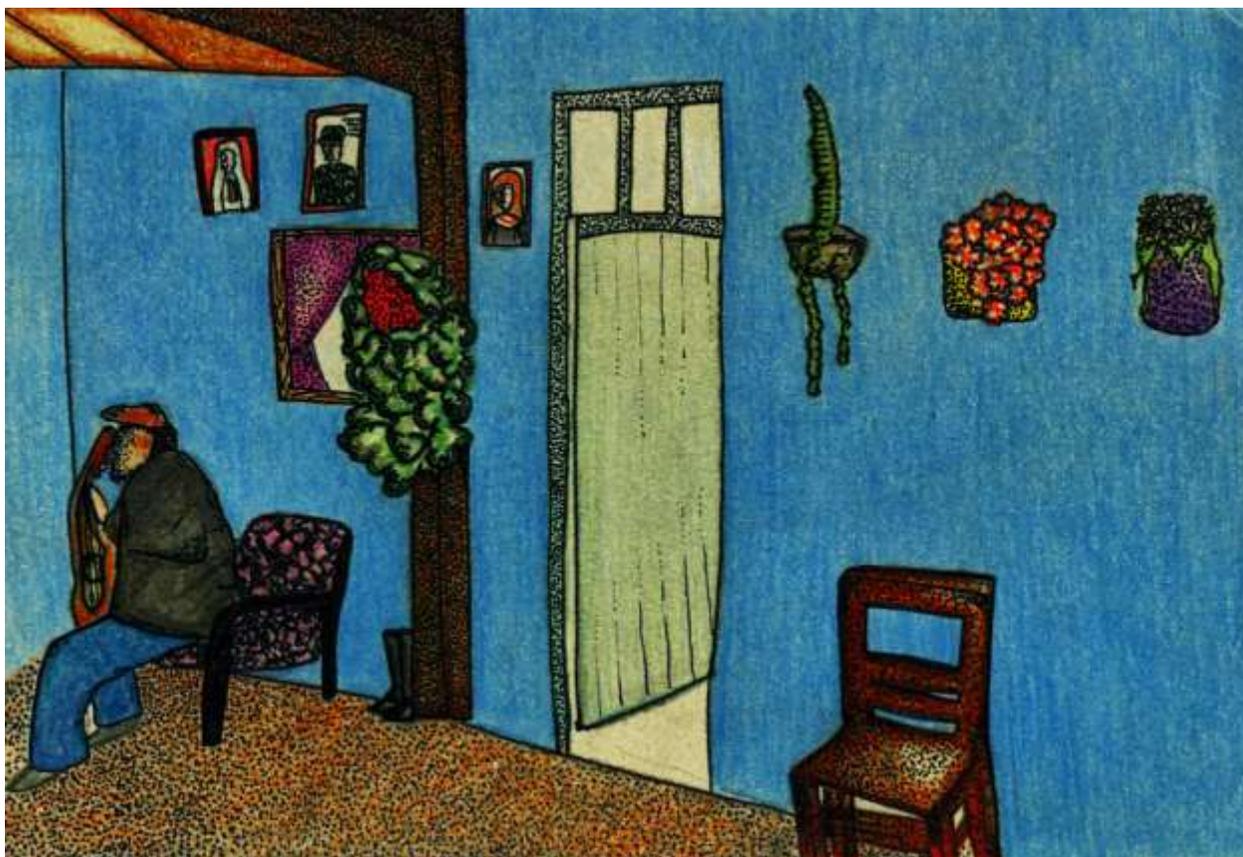
Solo sombras. La comunión del cultivo de la tierra se acaba, se acaba el alboroto en el que, después de grandes jornadas de trabajo, se compartía la chicha. Los *guangos* de leña ya no abrazan su espalda. El monte de don Enrique, de puro chilco, puro guarango y palo seco, ahora no tiene quien lo recoja.

Aun así, los retornos del sol en su cuerpo no lo sonrojan, dan plena luz de su experiencia. Si entre el tiempo algo tiende a desaparecer, serán solo sus botas; de sus pies saldrán alas para ascender a la otra orilla, al siglo eterno en el que se sumerge la grandeza del cielo.

Entre la bruna de la noche, manda a pedir el ropaje de las nubes. Es él quien decide en cuerpo *revolver* a la tierra de donde fue tomado y *vertirse* en polvo. Cenizas que en yllus del gran tiempo se elevarán al vuelo de la luz, para dar paso al ciclo de la luna y volver a caer en agua a la tierra.

Abajo quedan sombras temblorosas, pero ellas saben que la luz que las hace vivir seguirá resplandeciendo desde arriba. Ahora el mayor es una divinidad, es paisaje, camina sin hundirse sobre las grandes olas de la tierra.

Don PLINIO



24 de Febrero de 1938

LA PRIMERA RONDA

Desde la *Mancha*, punto de referencia de la alta montaña, sin saber de dónde viene la voz inicia el canto de los niños. Un baúl entrega dones musicales, añejas experiencias envueltas en trozos de tela azul. El *nunca* del mañana, en su lejanía, espera ver los pies cansados que llevan los recados de quienes vienen del pasado.

Años y días precisos se disuelven en la sangre del canto; la luz de la madera cruza paciente los ecos del espacio, toma del vacío los lentes de agua y observa fija dónde ha permanecido el alma. El espectro entrega los cantos de fábulas, desata y teje relatos para hacerse suela en cada rumor de la corriente.

El alma camina la verdad de la boca. Con las ristras de maíz, arroz y mote se fijan en los ojos las sombras que en oración invocan los misterios de la vida.

Entristecida, la distancia se acerca, deja caer en sus tobillos los dolores del pecho. De lado a lado los saludos se oyen, las voces de los sombreros se levantan y las manos lejanas se estrechan con los párpados.

Ciegas voces del fondo se transmiten desde la ventana. ¿Cómo se desafía el invierno? Las respuestas esconden pies de botas que andan solas; saben que es la desnudez la única que abre caminos.

Sobre una gran batería por 20 *riales* un fuego lento se enciende, la imagen lluviosa titila. Comunión posible por la suerte sin intención de un síndico.

Madrugada, es tiempo de bajar a los que no duermen ni dejan dormir; 1945. Campanas de la iglesia se desgarran y de una cruz en astillas el Señor del Amor y de la Buena Muerte ven alejarse las nubes. Llenas de *Dolores*, las torres se levantan para cubrir del viento la *Visitación*.

La memoria ya no le funciona al perdón: “*Yo no tomé nunca, yo me baño no más*”. El canto líquido del maíz llega, sentado da fresquitos para pasar la fiesta.

El camino de la Misión reconoce todos los rastros y los pone a andar, rítmicos al son de los que vienen atrás. Infantes años caminan tranquilos, tocan la bandola entre pronombres y astros que se niegan a estar en pentagramas. Notas devienen de los árboles para ser leídas con ojos cerrados. Como líneas que marcan la palabra, la voz de Luis Nieto enseña sensaciones y recuerda al oído finito.

Aprendiendo de oído, cada paso deja ir la mirada a través de las puertas arqueadas; los ojos escuchan. El paseo de sombras por las tiendas del memorial mercado trae a la lengua en tolas y cajas el olor de los frutos. Entre sillas de madera y cuero, una reja crema deja salir los cantos.

Las voces no repiten canciones, las plumas de la bandola suben cada nota hasta la oscuridad. 1953: el tercer día del último mes, los comisarios dan la nueva que los cantos fundaran el *Centro*; la manchada montaña ocupa el segundo lugar, coreando al triunfo *Guamalero*.

1958, las fiestas navideñas más grandes y pomposas se ofrecen en nombre de las nuevas uniones. El sonido suelta todo lo que ha cargado y se hace noche y silencio. Notas inéditas para el otro recibe la guitarra. La vitela, firme en su anillo pulgar, se hace plumita al transportar una suave canción que, una y otra vez, baila sobre el mismo pie hasta botar la cruz.

El árbol sacrosanto presenta al nuevo matrimonio. Se ve la franqueza del amor. En la montaña arde la fogata de Inés para secar el cuerpo-barro que se habitará. Carmela y Rosa con arroz y azúcar visten la cruz. La guitarra y el tamo quemado con pasos de virgen llaman a la fiesta.

La razón de los años se observa con quietud *mientras el tuétano se va secando*. La garganta deja sentir la presencia del nacimiento.

El *don* prolonga la existencia y necesita ser acompañado en los pasos del camino destapado. El tiempo, enfriando el cuerpo, envía a las pequeñas nietas para el encuentro con la luz, lo acompañan a cantar al patio, a pintar dibujos y mover sus manos.

El aguacate ya no comulga con los hijos, la mirada perdida hacia arriba lo piensa. La peineta arranca el cabello de la guitarra y el canto de olvidos ronda la cabeza.

Don ZACARÍAS

Carecer de la huella, es una ausencia que significa la imposibilidad de vivir, pues ha desaparecido el territorio para estar, y la historia para ser (...) ese camino es un camino del corazón, un camino que hay que andarlo (...) retorno a la búsqueda de la huella primera (...) no lo que se deja sino lo que hay que seguir, lo que hay que saber.”

D. Mamián



Cuando el cuerpo va ascendiendo como el aire, se va haciendo de la hora justa para empezar a mover a los muertos de los espejos y afirmarse con ellos como nubes.

A lo lejos, en la orilla de la tapia, un hombre toca con su retina las nieblas. Zacarías permanece en la tierra, es el encargado de su riego, de pasear los surcos que *conducen* al vacío. Lleva sus nevadas chivas, botas rodilleras cubriendo el rojo pantalón

de paño, una ruana café que llega hasta los tobillos y un sombrero negro que mantiene la forma del saludo.

Brumas giran destapando el camino, para que el luto de las nubes empiece a desprenderse desde lo alto.

Pareciera que la lluvia es diferente; obstinado en ver y escuchar la mística del agua, Zacarías escurre la ruana empapada, una y otra vez, para cobijarse.

El ritmo acelerado de las gotas pega rebotes en el barro, consecución de un sonido pando que sube al universo las siluetas de los prójimos.

Ecós de pasos de caminantes se recrean: la voz de José Ramón Sabogal llega desde las Escuelas Radiofónicas de Colombia a informar el día a día; en el tiempo de las nubes naranjas, doña Zaturia Narváez sirve los aplausos de maíz en los mesones de madera del parque; se ve a don Salomón armar el gran rol de tejas y ajustar fuerte la Santa Cruz para que caigan las brujas; apresurado camina don Mesías alcanzando la marcha redoblada de la yunta de bueyes; la rítmica tumba negra es cargada por las manos de don Ignacio Jojoa; del marco de la puerta de doña Máxima Vallejo saltan chispas de aceite que aseguran la respiración de las empanadas de plátano; las bocanadas de vida gris *perfuman* la tienda húmeda de don Néstor; se ve salir con el polvo el cambio del cuerpo envuelto entre la ruana azul de doña Julia Álvarez; la llama del velón de la iglesia crepita al rápido paso de la túnica del Padre Sofonías Ramos; rezando en las parroquias, el padre Alfonso Meza va poniendo punticas de sal en la lengua de los bautizados; de arriba abajo, durmiendo con su ganado y con la linterna encendida, se ve pasar a don Apolinar Hermosa dirigiendo la hilera; las estrellas de anís se pierden en la noche líquida de don Clodomiro Andrade; se empieza a contar los pasos de doña Regina cargando entre sus brazos al puerco chillón; con la escuadra, el hilo y el nivel se ve al sonriente don José María construir versos; impulsando la tierra, don Juvencio Rivera va marcando con su tractor el tiempo lento; repasando los números de la regla, la maestra Rosario Jojoa va sacudiendo las cartillas de la escuela vieja; se oyen las voces de las guacas de piedra de don Alfonso Villota; don Julio Bravo va levantando las tapas del tanque para ver qué pasa por el agua; el herrero Eloy Enríquez en el corredor se entrega a la danza negra de los incorruptibles barrotes; se ve arribar al pueblo al primer médico de Pasto, a don Julio Moncayo; atrás asoma el doctor orines observando fijo los limpios frascos reveladores de la enfermedad; sobando un pie lisiado, don José Francisco sana los huesos que en los arranques optan por separarse: don Aventura Paz camina calmando las altas fiebres de yunga; don Darío Criollo pasa jovial soplando sus 136 velas; columpiando las cantinas en sus brazos, doña María Chamorro sale a brindar la leche que sus vacas le entregan cuando despunta el día; doña Inés Pinza camina sosteniendo fuerte las guacas del tarro amarillo y tapa blanca que abrazan en su recinto al mote; de la vuelta larga, don Cipriano Pejendino entrega la piedra reventada que dará vía a la carretera; saludando a la ausencia, don Lisandro pasa con la visión de su mano;

amarrando los nudos de los cuatro puntos cardinales, Agustín teje en palabra al dios del fuego; doña Clemencia Jojoa duerme a la chicha madre en su tarro rojo para dejarla acariciar en el olfato de la tapa curiosa; don Paulino Eligio lleva en sus brazos al niño bravo que sonríe en milagro a la lluvia; el dúo de don Eliécer Botina y don Gonzalo Martínez va colgando con notas los túnicos del portento de los reyes en el árbol navideño; la colorida Guanga en voz de María y Florencio viene tejiendo con sus hilos la voz de la vida; de entre la sonrisa del choclo sale don Peregrino con los cuatro amigos; don Plinio Jojoa, moreno del hambre, ve el tanque azul que hace flotar y aparecer el fantasma de la panela; con él, su esposa, doña Inés, viene descalza a recoger las huellas de unos zapatos sensibles que anduvieron los pastos de leche; don Jesús Mesías pasa lanzando los pantalones de bayetillas que con el agua entorpecieron sus rodillas; el ambicioso Flor Rojas se asoma por las acequias tratando de chupar toda el agua en su rosa; los túnicos del hermano Luis Felipe Gómez acompañan el camino de la Virgen para que sea la protectora de la gruta; don Héctor Maigual camina con Muñeco tratando de encontrar el ojo del árbol que le dará la fortuna.

Las cúpulas, en cada latido de la voz de las campanas, van secando el espacio abierto.

Después de ver avanzar tanta agua sobre el barro, las sombras vuelven a la profundidad de la tierra. El terreno queda vivo, fértil y ahora se puede dar fe de lo que las botas cuentan. Cada forma esculpida tiene con su hacer la marca prolongada de cantos y rebotes, visiones adheridas a las pupilas que vuelven a salir cuando Zacarías se moja los labios.

Bibliografía

MAMIÁN, Dumer. (2000). Rastros y Rostros de un Camino para Andar. *Revista MopaMopa*, número 14. Instituto Andino de Artes Populares.

YUPANQUI, Atahualpa. (2009). *El Canto del Viento*. España: Tres tréboles.